

## PRIMERA PARTE

**C**orrían los años cincuenta, los años del aislamiento de España. La España del bloqueo internacional, la España de las carencias, de las necesidades. La España limitada en sus deseos de progreso, de asemejarse a la Europa reconstruida tras las 2ª Guerra Mundial, de igualarse a la Europa del plan Marshall, de la que fue excluida por su política totalitaria, de crecer industrialmente como el resto de Europa, de eliminar el círculo cerrado que la oprimía y separaba de la Europa rica.

El genial Berlanga caricaturizó a esa España en la película «Bienvenido Mr. Marshall»; irónica y mordaz, sobre la política económica de la época. Fue una sátira cruel, para desgracia de los sufridos españoles, que se vieron privados durante años de la prosperidad en que vivían otros países más allá de sus fronteras. En 1952 comenzaron a verse ciertas mejoras en la vida de sus ciudadanos. En ese año finalizó el racionamiento. Las cartillas que daban derecho a adquirir alimentos básicos, desaparecieron. Se esfumó el estraperlo, que durante varios años abasteció encarecidamente a los españoles.

Comenzó a renacer la esperanza de un mañana mejor. El pan también dejó de estar racionado.

España fue percibiendo que su presencia se dejaba notar en Europa. La visita en 1959 de Eisenhower reconocía a nuestro país en el mundo. La política exterior española, insistente y con perseverancia, logró con el nombramiento de Ullastres en 1965 como embajador ante las comisiones europeas —mercado común— su consolidación. Tras largas y difíciles negociaciones, se logró que fuera el principio del final. Reconocimiento pleno de España en Europa: acuerdo económico preferencial entre España y la CEE. Así entró España en Europa, inicio de lo que constituyó la relación normalizada entre una parte —España— y el resto de los países constituyentes de la Europa mercantil y económica.

Iremos desarrollando en lo sucesivo la historia sucinta de lo que Europa representó en el mundo industrial. Con sus periodos preferentes y decadentes, según la bonanza o la crisis. En esa época de los 60 había unos gobiernos técnicamente competentes. Políticos como Ullastres, si hubieran seguido gobernando España, en los tiempos sucesivos seguiría estando en primera línea, o como se dice ahora, en la Europa de la primera velocidad.

Nace la CEE fundada por Francia, Bélgica, Holanda, Italia y la entonces República Federal Alemana.

España siguió ignorada por la gran Europa, próspera y rica. La de los Derechos Humanos y los regímenes democráticos.

En estos momentos de tribulaciones económicas, cabe hacerse algunas reflexiones de por qué estábamos en una situación tan comprometida en lo económico.

Es inevitable comparar tiempos pasados con presentes, y no cabe duda de que aquellos —los del 40, 50, etc.—, eran mucho peores. La respuesta creo que es meridianamente sencilla. Recién terminada la Guerra Civil, España se encontraba sola ante un mundo de marcado sentido europeísta —uno para todos y todos para uno—, mientras que en nuestro país, aislado, éramos unos indigentes económicamente hablando, valiéndonos por nosotros mismos, sin ningún apoyo del resto de Europa.

Ahora que formamos parte de la Europa políticamente correcta —democracia, libre mercado, movimientos de capitales, etc.—, nuestra situación es angustiosa comparándola con parámetros del resto de países fuertes —Alemania, Inglaterra, Francia y otros del Norte—.

Este mundo globalizado tiene pasajes de primera clase; para los poderosos, para los que poseen una capitalización poderosa. Es como decir que la gran fiesta del dinero es para ricos, y los pobres deben celebrarla en la zona de servicio. Cuando por inútiles y poco avisados nos han dejado sin capital, pedimos como los pordioseros, esperando algún generoso donativo. Es como en una partida de póker: si no cuentas con dinero no puedes jugar y tienes que pasar, viendo cómo la banca tiene en la mesa gran parte de tu dinero, pero no te quedó para jugar con el resto.

Creo que está claro que no podemos buscar ayuda, se nos fue todo el capital en una jugada financieramente enloquecida y nuestro dinero está en manos de los que en su día eran nuestros socios —amigos en tanto en cuanto poseíamos bienes y capital—, pero en estos momentos, cuando nuestra incredulidad hacia los que creíamos compañeros europeos se ha descubierto, despertamos de una

insincera amistad y tenemos que valernos otra vez por nosotros mismos.

No esperemos ayuda, salvo aquella de «El avaro», de Molière: te presto dinero, pero te hipoteco para siempre. La trágica situación de Fausto. Conviene no olvidar que Alemania, tras la Segunda Guerra Mundial y la caída del muro de Berlín, fue ayudada y rescatada. Lo mismo sucedió en el resto de Europa con el plan Marshall. España nunca fue ayudada, y se la consideró una apestada fascista y dictatorial.

Nuestra etiqueta de país totalitario nos apartó de la Europa libre e independiente.

Debíamos conseguir la prosperidad con muchas dificultades, y con nuestro heroico esfuerzo: energía, austeridad y trabajo sin desmayo. La solidez económica es la necesaria condición para la relación comercial con el resto de los países europeos, la única forma útil para nuestra mejora productiva y trato de igualdad en el tráfico mercantil internacional.

Las divisas: este era el gran problema que acuciaba a España en su normal adquisición de maquinaria y materias primas. Solo a través del procedimiento administrativo de permisos de importación nos relacionábamos comercialmente con Europa, por mejorar nuestra industrialización y rendimiento industrial. Este enorme obstáculo paralizaba la fabricación de productos exportables para obtener divisas. Por consiguiente, su escasa financiación para los pagos al exterior, colocaba a España en estado de precariedad, dificultando su crecimiento. En este clima de escasez, los años cincuenta y sesenta fueron el síndrome del esfuerzo y la lucha contra el egoísmo y la indiferencia internacional.

Una España sin infraestructuras; escasas vías de comunicación, como carreteras, ferrocarriles, aeropuertos. Solo el transporte marítimo, quizás por ser nuestro país tan rico en costas, aliviaba en algo su comunicación con el exterior. Me contaba un amigo argentino que hubo de realizar un viaje a nuestro país en esa aciaga época, su asombro al saber que la compañía aérea argentina solo realizaba a España un vuelo a la semana. Y lo mismo sucedía con cualquier tipo de desplazamiento del extranjero a España, e incluso en nuestro propio territorio. En aquellos no tan lejanos años, existían ciudades importantes que no disponían de aeropuertos. Los trenes marchaban «a velocidad de crucero». Los asientos de los vagones eran en bastantes ocasiones de madera, poco confortables. Las carreteras, construidas con una única calzada para las dos direcciones. Coches de fabricación internacional, de marcas nada conocidas que circulaban abundantemente en el resto de Europa, no se veían en España. No obstante, en esta época se iniciaba el camino arduo, difícil y lento de la modernización e igualdad con respecto a Europa. Así, en el mes de marzo de 1950 se inauguró oficialmente el tren TALGO, totalmente de origen español, inventado por el ingeniero Goicoechea Omar. En junio de ese mismo año se constituía en Barcelona la empresa SEAT, para la fabricación y montaje de los vehículos de FIAT, y en Cartagena se estableció la refinería de petróleo de Escombreras. Aconteciendo también la inauguración de la XVIII Feria Internacional de Muestras, con solo trece países expositores. El país era política y geográficamente pequeño en esa época. Los hombres mayores —en comentario irónico y popular— comentaban: «¿Qué fue de aquel reino donde no se ponía el sol?».